REVISTA INTERDISCIPLINARIA DE TEOLOGÍA
Vol. 1 Núm. 1 (febrero-julio 2023), pp. 7-18

El imperativo de la felicidad como factor de riesgo para el suicidio juvenil: creencias y enseñanzas que ponen en peligro

The happiness imperative as a risk factor for youth suicide: endangering beliefs and teachings

Elsa Viviana Barrón
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
Seminario Internacional Teológico Bautista (Argentina)
vivibarron@hotmail.com
https://orcid.org/0000-0002-8352-500X
Recibido: 12 de abril de 2023. Aceptado: 28 de junio de 2023.

Resumen: Existe en este tiempo un imperativo cultural intenso que indica que las personas debemos ser felices. Las condiciones y las razones de esa felicidad se desdibujan y la demanda se centra en el propio individuo interpelado constantemente a la búsqueda de la felicidad. Para los jóvenes esta situación se vuelve anómica y los expone a grandes riesgos. Y en las miradas teológicas de la cuestión es necesaria la problematización para afrontar esta influencia con contenidos que permitan una comprensión crítica y distinta. El artículo recorre estos tópicos para proponer ejes para la reflexión interdisciplinaria tomando aportes de las Ciencias Sociales y de la Teología en un diálogo que se enfrente a la tiranía de la felicidad.

Palabras clave: Suicidio anómico, imperativo de la felicidad, creencias, teología de la felicidad.

Abstract: In these times there is an intense cultural imperative that indicates that people must be happy. The conditions and reasons for this happiness are blurred and the demand is centered on the individual himself, who is constantly challenged to the pursuit of happiness. For young people this situation becomes anomic and exposes them to great risks. And in the theological view of the question, the problematization is necessary to face this influence with contents that allow a critical and different understanding. The article goes through these topics to propose axes for interdisciplinary reflection taking contributions from the Social Sciences and Theology in a dialogue that faces the tyranny of happiness.

Keywords: Anomic suicide, imperative of happiness, beliefs, theology of happiness.

© 2023 Elsa Viviana Barrón
Creative Commons BY-NC-SA 4.0
ISSN 2953-5336

Introducción

> Rápidamente aparece una causalidad inmediata: la necesidad de la felicidad, el deber moral y la obligación social de contribuir a la felicidad colectiva evitando todo motivo de tristeza o malestar, conservando la apariencia de sentirse siempre feliz, incluso en lo profundo del desamparo. Al mostrar alguna señal de tristeza, se peca contra la felicidad, se la cuestiona, y la sociedad corre entonces el riesgo de perder su razón de ser. (Ariès, 2007, p. 78)

Durante varios años, he estado investigando la prevención del suicidio juvenil mediante enfoques socioeducativos en colaboración con organizaciones de la sociedad civil, actores estatales y efectores de atención primaria de salud. El suicidio juvenil es un tema complejo que presenta una gran diversidad de factores predisponentes y desencadenantes. A través de mis interacciones con adolescentes y jóvenes, he observado un fenómeno que aparece como un emergente epocal: el imperativo de la felicidad.

En una amplia variedad de contextos culturales, parece ser necesario experimentar felicidad para ser valorado y aceptado. Los padres buscan la felicidad para sus hijos, y la publicidad promueve constantemente formas de alcanzarla. Si la anomia se define como la incapacidad de los individuos para regular sus deseos y establecer límites a sus expectativas desmesuradas, podría argumentarse que la búsqueda de la felicidad provoca un estado anómico constante. Nada debería impedir que las personas sean felices, lo que a menudo se traduce en el consumo de terapias alternativas, bienes materiales o psicofármacos que medicalizan los estados de ánimo para lograr la felicidad.

Un ejemplo sorprendente de esta tendencia es el método de Marie Kondo, quien sugiere preguntar si los objetos nos hacen felices antes de decidir conservarlos o desecharlos. Sin embargo, ¿puede un bien de consumo proporcionar verdadera felicidad? Tal parece ser el engaño del capitalismo al que nos hemos sometido de manera acrítica. Tener nos hace estar o ser felices. Y de eso se trata todo.

Sin embargo, ¿qué sucede cuando enfrentamos eventos tristes, crisis o frustraciones que desafían la búsqueda de la felicidad? ¿Cómo pueden los individuos lidiar con las decepciones en una cultura donde no parece haber espacio para los duelos, los dolores y las tristezas?

Los adolescentes y jóvenes quedan solos.

El suicidio anómico: concepto y características

Para comprender este tipo de suicidio, se hace necesario revisitar algunas nociones básicas que le dieron origen a la denominación en el trabajo de Durkheim (1897/2006), quien define a la sociedad como un poder que regula a los individuos además de atraer sus sentimientos y actividades. Este poder regulador es lo que limita al individuo e impone patrones morales, constituyendo un poder moral.

No cumplirían esta función ni la coacción natural ni tampoco las fuerzas físicas, ya que no "pueden modificar los corazones" (Durkheim, 1897/2006, p. 357). No se trata de un poder violento que se impone por temor, sino que se acepta por respeto. La restricción a la que está sometido el ser humano no es física, sino moral y social.

Ahora bien, la única forma en que los seres humanos acepten limitar sus deseos es si reciben la orden de una autoridad que respeten y delante de la cual se inclinen espontáneamente. La sociedad está en situación de desempeñar este papel moderador en la

medida que refleja un poder moral superior al individuo. Posee la autoridad necesaria para determinar lo que es correcto, lo que se debe castigar o premiar en función del interés común.

Esto implica reconocer que hay reglamentaciones —que no siempre presentan forma jurídica— que establecen con una relativa precisión el nivel máximo de bienestar que cada clase de sociedad puede legítimamente buscar o alcanzar. Este nivel varía de acuerdo con las fluctuaciones de la renta y según los cambios que experimentan las ideas morales de la sociedad, y ejerce a la vez una presión para que cada uno se dé cuenta hasta dónde pueden llegar sus ambiciones. Si se es respetuoso de la regla y dócil a la autoridad colectiva —si tiene una sana constitución moral— la persona percibe que no está bien exigir más. De este modo, se define un objetivo para las pasiones y un término entre ciertos límites, que no son ni tan rígidos ni tan absolutos, dentro de los cuales los deseos pueden moverse con relativa libertad.

> Esta limitación relativa y la moderación que de ella resulta, es la que hace que los hombres estén contentos con su suerte, al mismo tiempo que les estimula con medida a hacerla mejor; y este contento medio, es el que produce ese sentimiento de goce tranquilo y activo, ese placer de ser y vivir que, tanto para las sociedades como para los individuos, es la característica de la salud. (Durkheim, 1897/2006, p. 358)

Esta limitación regula el nivel de frustración y la dicha que los seres humanos podrán experimentar. Es necesaria una disciplina moral para hacer aceptar a los individuos su situación. Esta disciplina resulta útil si es considerada justa por aquellos que se someten a ella. Si solamente se mantiene por la habilidad y la fuerza, la paz y la armonía solo subsisten en apariencia; el espíritu de inquietud y el descontento permanecen latentes; los apetitos, superficialmente contenidos, no tardan en desencadenarse. Cuando la sociedad está perturbada, ya sea por crisis dolorosas o felices, por súbitas transformaciones, es transitoriamente incapaz de ejercer esta acción regulatoria; y he aquí de dónde vienen estas bruscas ascensiones de la curva de los suicidios. En este suicidio anómico, se destaca su carácter de acto esencialmente pasional; lo que mueve al individuo es la cólera y todo lo que acompaña a la decepción.

Durkheim entiende —en una relación hasta el día de hoy controvertida— que hay cierta inmunidad en los países pobres, dado que la pobreza "protege contra el suicidio, porque, por sí misma, es un freno para enseñar al hombre a contenerse" (Durkheim, 1897/2006, p. 359). Mientras que la riqueza agranda la ilusión al individuo de que puede engrandecerse y al sentirse menos limitado se vuelve más insoportable cualquier limitación. Esta creencia es sostenida aun a pesar de los indicadores de malestar en contrario, tanto en países pobres como ricos. De esta manera, se explica que las religiones celebren los beneficios y el valor moral de la pobreza como forma de disciplina que lleva a aceptar dócilmente la disciplina social, evitando así la anomia. Sin embargo, también reconoce que en el sistema capitalista "el estado de crisis y de anomia es constante, y, por decirlo así, normal" (Durkheim, 1897/2006, p. 365).

La anomia abre la puerta a las ilusiones y, por consiguiente, a las decepciones. Si el sujeto es arrojado por debajo de la condición a la que estaba acostumbrado, sentirá que se le escapa una situación de la que se creía dueño. Si se autorreconoce como el responsable de la catástrofe, su exasperación se vuelve contra sí mismo.

La anomia también explica la violencia, porque lo que produce es un estado de exasperación y de cansancio inusitado que, según las circunstancias, puede volverse contra el sujeto mismo o contra otro. En el primer caso, se presenta el suicidio, mientras que, en el segundo, el homicidio. En ambos casos, se observa un debilitamiento de los límites en cuanto a la pérdida de fortaleza de la sociedad y sus grupos para sostener las regulaciones de la vida social.

Finalmente, aquellos tipos de anomia asociados a una causa económica, doméstica o conyugal —producida por la institución del divorcio— siguen presentes en los materiales analizados, y permiten identificar así los orígenes del malestar y descontento que superan las posibilidades de regulación y contención social de los jóvenes.

Hasta el presente, el concepto de anomia es empleado directamente en diferentes trabajos en relación con las explicaciones del suicidio. Carbonell (2006, p. 10) propone la idea de que los cambios socioculturales rápidos provocan una desorganización social responsable de un debilitamiento de la identidad, y que la anomia forma parte del discurso científico desde, al menos, 1822. El autor también encuentra esa idea en las expresiones de sentido común que atribuyen a los cambios rápidos el mismo efecto.

Cuando se exponen las causas del suicidio en jóvenes, la anomia —y las bases del pensamiento durkheimiano— están presentes de diversas maneras. Por ejemplo, a la distancia con la práctica religiosa se asocia el hecho de que los hombres jóvenes se suicidan más que las mujeres. Por un lado, porque los comportamientos sexuales y violentos son más riesgosos en los hombres, pero también porque "los jóvenes varones se alejan más de la religión que las mujeres" (González, 2006, p. 70). Esta explicación reconoce el lugar de freno que produciría lo religioso, aunque no se detalla de qué modos lo hace. En diversos trabajos la disminución de la práctica religiosa se asocia al aumento del suicidio (González, 2006; Matusevich, 2006; OMS, 2004; Pinto Rodríguez, 2006). Se considera que el suicidio "es muy raro entre las personas consagradas al culto" (Pinto Rodríguez, 2006, p. 81).

Los elementos que se señalan como riesgos exógenos en la salud juvenil incluyen una diversidad de problemas en la vida de los jóvenes que viven en anomia:

— violencia y descomposición del hogar;
— socialización temprana en la violencia;
— pobreza;
— falta de oportunidades;
— segregación territorial;
— machismo;
— falta de información o confianza en materias de sexualidad y autocuidado frente al abuso de drogas.

Asimismo, se sigue considerando que los factores relacionados con la cohesión social son determinantes en la salud juvenil.

El suicidio es definido como una forma de muerte violenta, resultado de una decisión individual, que obedece a diversas condiciones de orden psicológico, de salud y sociales; se relaciona con la depresión, las pérdidas afectivas, el aislamiento social, el desempleo y las dificultades económicas (Tuñón Pablos y Bobadilla Bernal, 2005, p. 79).

Según la OMS (2004), varias de las causas del suicidio están relacionadas con la anomia: la pobreza, el desempleo, la pérdida de seres queridos, discusiones, ruptura de relaciones, problemas jurídicos y/o laborales, el abuso de alcohol y estupefacientes, los maltratos en la infancia, el aislamiento social. Aunque también destacan otras causas que darían lugar a otros tipos de suicidio: causas demográficas (edad, sexo, estado civil, ocupación, razas, religión, período del año); antecedentes familiares de suicidio, así como determinados trastornos mentales, como la depresión y la esquizofrenia.

El sentido de decepción que caracteriza al suicidio anómico está presente en la explicación del suicidio juvenil, que es visto como una ambivalencia entre el deseo de muerte y de vida. En diferentes investigaciones, los jóvenes expresan más que un deseo real de morir, un deseo de cambiar de vida que se espera tras la muerte como un descanso o un "estado nirvánico" (Polaino-Lorente y de las Heras, 1990, p. 227), lo que significa que lo que se pretende es modificar la situación y no la autodestrucción. Lo que se vuelve intolerable es la forma que tiene la propia vida y es aquello con lo que desean terminar.

Desde la psiquiatría se otorga un papel explicativo muy fuerte a la enfermedad mental. Sin embargo, se reconoce que la crisis suicida suele tener un origen psicosocial, "consecutiva a una acumulación de acontecimientos negativos cuya progresión, en general, es lenta en función de la capacidad de 'poner el pecho', afrontamiento o *coping* de los cognitivistas, del individuo" (Stagnaro, 2006, p. 492). Se halla que la incidencia de la enfermedad mental es más fuerte en casos donde el suicidio se produce inmediatamente después de estos sufrimientos, y que la "desesperanza y la anhedonia grave serían factores de más peso en el suicidio a largo plazo" (Stagnaro, 2006, p. 493).

Factores de riesgo de suicidio juvenil

La noción de factores de riesgo proviene de la epidemiología. Se trata de la identificación de elementos que generan o potencian las condiciones para dar inicio a un proceso de enfermedad. En los estudios sobre salud pública, la identificación de factores de riesgo supone la principal herramienta de información útil para planificar acciones preventivas.

Una vez que los factores de riesgo se identifican, se exploran las maneras de contribuir a su disminución o contrarrestarlos con aquellos factores protectores que permitan evitar sus efectos negativos.

Los profesionales de la salud consideran a la conducta suicida no como un comportamiento exclusivo de la enfermedad mental, sino como una conducta compleja. Se la denomina como proceso suicida o crisis suicida, con una duración promedio preestablecida de entre 6 y 8 semanas, que se extiende desde la aparición de las primeras ideas de suicidio hasta su resolución (o su repetición), incluyendo o no el pasaje al acto suicida. Planteamientos sobre la neurobiología del suicidio y la concomitante farmacoterapia antisuicida son piezas de esta perspectiva, así como también el trazado de un recorrido que distingue fases: i) presuicida; ii) suicida o de pasaje al acto; y iii) postsuicida (de carácter resolutivo y catártico o, por el contrario, como comienzo de una nueva crisis suicida) (López Steinmetz, 2013). En el marco de una epidemiología de los trastornos mentales, se amplía la comprensión del problema como muerte evitable y prematura y se proyectan las responsabilidades hacia otros actores. Directa o indirectamente se involucra a los profesionales de la salud, pero también a los padres, los maestros, la comunidad, así como también al propio Estado, al que se le reclama intervención.

Por su parte, diversas herramientas de evaluación de riesgos se discuten en la bibliografía, desde Beck *et al.* (1979), quienes construyeron la escala de ideación suicida, y luego en Beautrais (1999), Heriberto (2001), Bongar (2002), entre otros, la mayoría de las cuales cubre múltiples dimensiones que se presentan en listas de control predefinidas. Existe una adaptación realizada con fines de investigación por el equipo de Fernández Liporace y Casullo (2006) de la Universidad de Buenos Aires, del Inventario de Orientaciones Suicidas ISO-30 de King y Kowalchuk (1994), que considera las dimensiones de ideación suicida, desesperanza/desmoralización (o sentimientos negativos), esperanza, relación con los otros y sentimientos positivos, en tanto arreglos a partir de las dimensiones originales: desesperanza, baja autoestima, incapacidad para afrontar emociones, aislamiento social e ideación suicida. Estos instrumentos deben ir acompañados de otro tipo de encuestas que registren datos sociodemográficos.

A pesar de algunas innovaciones, en los materiales relevados, hay consenso en afirmar que los factores de riesgo se clasifican en tres grandes grupos: sociodemográficos, clínicos y genéticos/neurobiológicos, según el siguiente esquema:

Tabla 1

Factores de riesgo en la conducta suicida

Clínicos	Enfermedades que por sí mismas se asocian a trastornos del ánimo – trastornos mentales – trastornos afectivos – trastornos adaptativos
Genéticos/ neurobiológicos	Antecedentes familiares – disfunción del sistema serotoninérgico central – transmisión genética de trastornos psiquiátricos
Socio-demográficos	Sexo – edad – estado civil – origen étnico – nivel socioeconómico

Nota. Elaboración propia, a partir de López Steinmetz (2010), Bongar (2002) y Beck *et al.* (1979).

La conducta suicida es analizada tomando la interacción de al menos dos de estas dimensiones. Los factores sociales son considerados como desencadenantes o precipitantes en concurrencia con aspectos clínicos o genéticos. Si aumentan los factores en un caso, crece el riesgo de suicidio, lo que explicaría por qué algunas personas se suicidan y otras no ante algún factor desencadenante similar. Sin embargo, la dinámica interactiva de los factores no ha podido determinarse, por lo que el modelo reduce su valor explicativo general, debiendo ponderarse en cada caso particular. Al respecto, es ilustrativa la siguiente cita:

> El comportamiento suicida viene determinado por un gran número de causas complejas, tales como la pobreza, el desempleo, la pérdida de seres queridos, una discusión, la ruptura de relaciones y problemas jurídicos o laborales. Los antecedentes familiares de suicidio, así como el abuso de alcohol y estupefacientes, y los maltratos en la infancia, el aislamiento social y determinados trastornos mentales, como la depresión y la esquizofrenia, también tienen gran influencia en numerosos suicidios. Las enfermedades orgánicas y el dolor discapacitante también pueden incrementar el riesgo de suicidio. (Organización Mundial de la Salud, 10 de septiembre de 2004).

REVISTA INTERDISCIPLINARIA DE TEOLOGÍA
Vol. 1 Núm. 1 (febrero-julio 2023), pp. 7-18

En el caso del suicidio juvenil, existe una gran variedad de factores (Barrón y Krmpotic, 2016), lo que dificulta la identificación de aquellos de mayor incidencia sobre los cuales se puedan desenvolver acciones específicas. Dentro de esta variedad de factores, es evidente que las creencias juegan un papel fundamental. El modo de comprender la vida, su sentido, sus condiciones necesarias y su finalidad son claves en el inicio de procesos de ideación suicida.

Mientras que el clima de época evoca los sinsentidos de la vida, y destaca su fragilidad, sus contradicciones, la falta de perspectivas de futuro, la enseñanza de las verdades del evangelio puede actuar como un factor protector fundamental, siempre que seamos capaces de salir del sentido común para cuestionarlo a la luz de las verdades de Dios.

Es ampliamente aceptado en los estudios sobre salud mental que el desarrollo de la espiritualidad es un factor protector clave (Simkin *et al.*, 2019); sin embargo, no se aplica en todos los casos.

El imperativo de la felicidad

Origen

En un extenso proceso sociocultural de vertientes muy variadas, se ha consolidado el imperativo de la felicidad como un deber ser incuestionable. Se lo define como parte de la naturaleza humana. Algo así como "existimos para ser felices", siendo la definición de qué es la felicidad algo muy polisémico.

Para comprender, aunque no completamente, el origen de este imperativo es interesante revisar lo que Weber (2008) llama la ética protestante. Se trata de la búsqueda del dominio propio, el trabajo duro y la expectativa de progreso. Pero, además, la prevalencia de la idea de que el individuo puede tener acceso directo a Dios y, por lo tanto, no depende de las mediaciones sacerdotales para su desarrollo de vida de fe. Cierto peligro de esta ética radica en la exaltación del esfuerzo individual. Si bien, en el sentido más constructivo, desafía a cada creyente a asumir un compromiso con la extensión del Reino de Dios, también legitima las iniciativas individualistas que podrían surgir.

La pérdida de visión en torno a la importancia de la comunidad de fe para el crecimiento personal deja al sujeto desprovisto de anclajes de apoyo, ayuda e interdependencia, y refuerza la demanda de autosuficiencia y autodeterminación ilimitada para enfrentar los desafíos vitales. De esta manera, los éxitos o fracasos de cada individuo se vuelven dependientes de su propia cosecha o responsabilidad, lo que lo deja a merced de sus capacidades (o competencias) personales. Esto refuerza la noción de la responsabilización del individuo y a la vez potencia cierta correlación entre individualismo y felicidad:

> El objetivo es extender tales modelos al resto de la sociedad. En su libro *Happiness: Lessons from a new science*, el famoso economista Richard Layard (2005) dice proponer una nueva visión basada en la evidencia sobre cómo podemos vivir mejor, afirmando, como lo hacía Jeremy Bentham, que la mejor sociedad es aquella en donde los ciudadanos son los más felices. No una sociedad donde los ciudadanos sean más libres, más justos, más cooperativos, más iguales o más cultos, sino más felices en conjunto, es decir, como la suma de las felicidades individuales. Esta idea de felicidad supone también que las mejores sociedades son aquellas que son más individualistas, pues son las más

> felices, tal y como afirma la familia Diener, quienes encontraron que aunque aspectos como "los altos ingresos, el individualismo, los derechos humanos y la igualdad social correlacionaban entre sí y con el bienestar" (Diener, Diener y Diener, 2009, p. 43, traducción nuestra), sólo el individualismo correlacionaba persistentemente con el bienestar cuando las demás variables fueron controladas. Otros psicólogos positivos inciden en esto mismo, afirmando haber descubierto que "a pesar de lo que pudiera esperarse, otros factores económicos (como el acceso a agua potable o niveles de malnutrición), relacionados con la libertad (por ejemplo, la posibilidad de divorcio, derecho al aborto o tasas de suicidio), con la igualdad y el clima social (tasas de analfabetismo, confianza en la familia y otras instituciones o tasas de desigualdad social, etc.) o con la presión demográfica (tasa de natalidad, densidad de población, etc.) no parecen guardar relación significativa con la felicidad de la gente" (Vázquez, 2009a, p. 131). (Cabanas, 2013, p. 217)

Características

Esta idea de felicidad no es milenaria. Es el producto de procesos culturales de los últimos siglos que modelan a los sujetos en sus prácticas cotidianas y expectativas. A la vez, propone un sistema de valores que se articulan para indicar lo bueno o lo malo en función de la posibilidad de proveernos felicidad. Frente a las decisiones vitales, se vuelve como un filtro de evaluación: qué tanto lo que se hará nos acerca o aleja del ideal de la felicidad.

> Estos patrones, normas, expectativas y valores habían seguido un recorrido histórico determinado y que tenían su origen en una cultura también concreta, a saber, la cultura norteamericana. (Hay una) continuidad histórica entre el conjunto de repertorios y prácticas psicológicas sobre la felicidad que se fraguan en el seno de la ética protestante y de la metafísica popular estadounidense, con el conjunto de repertorios y prácticas psicológicas que subyacen a lo que hoy en día entendemos por felicidad, el cual se refleja en la actualidad en los extendidos movimientos del *coaching*, de la literatura de autoayuda o de la denominada Psicología Positiva. (Cabanas, 2013, p. 5)

La expectativa de la felicidad es funcional al sistema económico, porque la búsqueda de diluir el conflicto capital-trabajo ha ido perfilando los espacios laborales como oportunidades para el éxito y el desarrollo personales, de manera de quitar cualquier lectura más crítica que pudiera poner a los sujetos en una actitud defensiva.

> El neoliberalismo ha entendido que la forma de acabar con el conflicto entre capital-trabajo y al mismo tiempo seguir incrementando la productividad de los trabajadores es a través de la construcción de un sujeto cuyas pasiones sean articuladas por la relación del salario y las prácticas de consumo. Bajo los preceptos de la teoría del capital humano se ha entendido que los sujetos orientan sus decisiones de forma racional en términos de inversión para incrementar el valor añadido que pueden producir, con el fin último de aumentar sus flujos de ingresos, de esta forma se ha conceptualizado a un sujeto empresario de sí mismo. Esto permite una entera disposición del trabajador ante la lógica empresarial ya que su subjetividad se rige bajo la *illusio* de la racionalidad neoliberal. (Barrionuevo, 2019, p. 1)

Por su parte, la psicología positiva refuerza la responsabilidad individual de manera que cada individuo debe articular las pasiones alegres, "de tal forma que ha insertado

la idea de que las claves del éxito residen en la voluntad, el optimismo ante el cambio" (Barrionuevo, 2019, p. 2).

Esta gestión de las pasiones alegres ha sido capitalizada por las empresas, al enfocar a los sujetos en la idea de que los intereses empresariales también son personales y que contribuir a ellos ayuda a la felicidad de los propios trabajadores. Esto con la clara intencionalidad de aumentar el rendimiento de quienes cumplen funciones productivas sin que sea visto de modo negativo, por el contrario, el discurso es que las empresas contribuyen a la felicidad de sus empleados.

Como señala Cabanas en su trabajo de investigación, podría resultar extraño pensar estas dimensiones de la felicidad, porque en diversos discursos se la presenta como algo natural de los seres humanos desde siempre:

> Puede que a algunos les resulte extraño pensar que la felicidad pueda tener algo que ver con la ideología, con la política o con la economía, cuando la felicidad, se dice, es aquello hacia lo que los seres humanos tendemos de forma natural, el elemento clave, emocional, sentimental y privado, que aporta sentido a nuestras vidas. Esto, sin embargo, más que responder a una descripción objetiva sobre la naturaleza humana, responde, precisamente, a una prescripción ideológica, política y económica sobre lo que debe ser la naturaleza humana. (Cabanas, 2013, p. 6)

Es necesario comprender que esta idea de felicidad entendida como una "propiedad psicológica, natural y universal, hace pasar por alto tanto su reciente historia y su relatividad cultural, como el enorme contenido ideológico, metafísico, moral, ético y económico que subyace a la misma" (Cabanas, 2013, p. 9). Profundizar en el concepto nos puede llevar a cuestionarlo, revisarlo y desmenuzarlo también en nuestras miradas teológicas de la cuestión.

Evidencias

Este clima de época de búsqueda incesante de la felicidad es observable en diferentes productos, servicios y sistemas de creencias ampliamente difundidos y rara vez cuestionados.

Muchas personas se han vuelto centradas en sí mismas. Su propia búsqueda de felicidad las atrapa en un sinfín de decepciones que se vuelven inaceptables y que, finalmente, los llevan a enfrentarse contra Dios, contra los demás o contra sí mismos.

Una teología de la felicidad en el pensamiento contemporáneo

En el ámbito de las iglesias evangélicas, se ha ido conformando de manera desorganizada y asistemática una cierta teología de la felicidad. Esta teología ha incorporado argumentos bíblicos para respaldar la idea de que el propósito de la vida de los creyentes debería ser la búsqueda de la felicidad, la cual se logra a partir del éxito. Dicho éxito dependerá fundamentalmente de la autodeterminación del individuo y se sostiene en el tiempo mediante el cambio de mentalidad y la adquisición de hábitos que protejan ese fin.

Podría considerarse que existe un proceso de idolatría en relación con la felicidad, que la sitúa como meta de la vida y el criterio determinante en la toma de decisiones. Las personas evalúan si harán algo o no en función de esto. Es también un parámetro

de evaluación y de estrategia de marketing eclesial. Así, la liturgia y la comunicación se orientan a prometer la felicidad que las personas buscan.

En un primer contraste con las palabras de Jesús: "Si alguien quiere ser mi discípulo, tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme" (Mt 16:24 NVI), encontramos que la meta de la felicidad personal como fin último de la vida es una contradicción profunda con el desafío del evangelio. La desdicha derivada de esta idolatría es casi tan grande como la dicha que se pretende alcanzar.

Uno de los aspectos de mayor riesgo en la teología de la felicidad es su énfasis en la autodeterminación, al proponer que el individuo, basado en su esfuerzo y virtud, es capaz de lograr el éxito que lo conducirá a ser feliz. De esta forma, surge toda una corriente de empoderamiento del sujeto que sitúa a Dios como un recurso más a su disposición para lograr lo que se proponga. Así, el Señor pasa a estar al servicio de los sueños o proyectos de quien debería servirle. Y si Dios no cumple con las expectativas del individuo, entonces sobreviene una crisis de fe, enojo, disgusto y posiblemente un cambio de congregación, en busca de respuestas más acordes con sus expectativas.

El empleo de una exégesis bíblica tendenciosa y poco respetuosa del texto también ha llevado a tomar pasajes y transmitir con ellos mensajes que refuerzan ciertos argumentos de la psicología positiva. Un ejemplo son las palabras de Pablo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Flp 4:13 NVI), transformadas en una especie de eslogan o frase motivacional que potencia la idea de un individuo todopoderoso enfocado en la búsqueda del éxito personal. Es sabido que cuando Pablo escribe esa frase lo hace desde un contexto muy adverso de persecución, prisión y sufrimiento. Incluso podríamos decir que la frase significa mucho más "Cristo me fortalece para soportar el alto costo de servirle" que "Cristo va a cumplir mis sueños autocentrados".

También en los espacios eclesiales se emplean algunas "tecnologías del yo" para indicar a los sujetos cómo transitar este camino de búsqueda de la felicidad.

A modo de cierre

Cuando Durkheim (1897/2006) define al suicidio anómico, plantea que existe una falla en la sociedad para regular el deseo del individuo. Esta expectativa desmedida de la felicidad como algo posible también sitúa a las personas en un estado de anomia. Si la felicidad es posible y no se está experimentando, ¿cuál es la falencia?, ¿podría el sujeto admitir su fracaso sin que se vuelva contra sí mismo?

La tiranía de la felicidad inhibe la posibilidad de compartir las frustraciones, el sufrimiento, los dolores, que también son parte de la vida. Jesús dijo con claridad: "En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo" (Jn 16:33 RVC). Sus palabras no contradecían la vida abundante que prometió.

El desafío que enfrentamos consiste en cuestionar el sentido común de nuestra época, discutir con las creencias arraigadas que impiden la salud y cuestionar las lecturas tendenciosas del texto bíblico que no hacen más que reforzar el daño.

En tiempos de tantos mensajes confusos y poco saludables, es necesario que la enseñanza recorra otros aspectos. La certeza de contar con la compañía de Jesús en medio de la aflicción, la seguridad de la victoria del Señor sobre la muerte, el poder de Dios para restaurar nuestras heridas, la convicción del amor incondicional del Padre en me-

dio de nuestra fragilidad, la posibilidad de ser comunidades de fe que contienen, sostienen, comprenden y acompañan en el dolor, son elementos que sin duda van a contribuir a la salud mental de las nuevas generaciones.

El poder sanador y libertador de la verdad es clave. Caminemos al encuentro de Aquel que es el camino, la verdad y la vida y llevemos a las nuevas generaciones al encuentro con Él.

Teniendo en cuenta que uno de los factores de riesgo del suicidio juvenil es el sistema de creencias que los coloca en situación de anomia, ¿podremos darles recursos para los momentos de infelicidad? ¿Sería posible dar legitimidad al dolor, al sufrimiento, a las esperas, las pausas y los desencuentros? Sin lugar a dudas, es necesario tomar conciencia del peligro de reproducir el sentido común de nuestro tiempo.

Referencias

Ariès, P. (2007). *Morir en occidente. Desde la edad media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Barrionuevo Molino, M., García-Martínez, J., y Jurado Herrera, A. (2017). Dominar el deseo: El imperativo de la felicidad en el capitalismo emocional. *Intersticios: revista sociológica de pensamiento crítico. Exploraciones desde la disidencia. 11* (2): Recuperado el 8 de julio de 2022 de https://www.intersticios.es/article/view/17709

Barrón, E. V., y Krmpotic, C. S. (2016). La prevención del suicidio juvenil. Entre la enunciación y la acción. *Revista Katálysis*, *19*(1), 43-52. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/113556/CONICET_Digital_Nro.7df4e942-d10b-4169-8214-2c0aee9ca53d_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Cabanas Díaz, E. (2013). *La felicidad como imperativo moral. Origen y difusión del individualismo "positivo" en el capitalismo neoliberal y sus efectos en la construcción de la subjetividad* [Tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Madrid].

Carbonell Camós, E. (2006). *Tiempo y suicidio. Contribución antropológica a una discusión transdisciplinar* [Informe de estancia posdoctoral, Universidad de Quebec en Montreal].

Durkheim, E. (2006). *El suicidio*. Buenos Aires: Miño y Dávila. (Obra original publicada en 1897)

Freitez, A., y Romero, D. (2004, 18-20 de septiembre). *Comparación de dos países con mayor crecimiento de la mortalidad juvenil por causas violentas: Brasil y Venezuela*. [Ponencia] Congresso da Associação Latino Americana de População, Caxambú, Minas Gerais, Brasil.

González, P. (2006). *Victimología del suicidio* [Tesis de maestría, Universidad del Aconcagua, Facultad de Psicología].

Matusevich, D., Ruiz, M., Vairo, M. C., Finkelstein, C., y Job, A. (2006). Tentativas de suicidio en la adolescencia con psicofármacos de los padres: estudio descriptivo. *Vertex, 17*, 446-451.

Pinto Rodríguez, M. E. (2006). *Suicidio juvenil: sociología de una realidad social* [Tesis de doctorado, Universidad Complutense de Madrid].

Polaino-Lorente, A. y de las Heras, E. J. (1990). En torno al fracaso escolar como hipótesis justificatoria-explicativa del suicidio infantil. *Revista Complutense de Educación, 1*(2). Universidad Complutense de Madrid.

Sidun, A. (4-6 de septiembre de 2008). *Juventud y muerte: representaciones de jóvenes anoréxicas sobre la muerte* [Ponencia]. 10.º Congreso REDCOM "Conectados, hipersegmentados y desinformados en la era de la globalización". Universidad Católica de Salta.

Simkin, H., Rubio, P., Puglia, G., y Preuss, M. (2019). Religiosidad y espiritualidad en el marco del modelo de los cinco factores de la personalidad. *Revista Científica Arbitrada de la Fundación MenteClara, 4*, 73-109. https://doi.org/10.32351/rca.v4.2.89

Stagnaro, J. C. (2006). Clínica, prevención y tratamiento del proceso suicida. En Suarez Richard, M, *Introducción a la Psiquiatría*. Buenos Aires: Polemos.

Tuñón Pablos, E., y Bobadilla Bernal, D. J. (julio-diciembre, 2005). Mortalidad en varones jóvenes de México. *Revista Estudios Sociales, 12*(26). Hermosilla, Sonora, México.

Weber, M. (2008). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Elsa Viviana Barrón es Licenciada en Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLAM). Magíster en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en Estudios religiosos en el Seminario Internacional Teológico Bautista (SITB). Doctorada y Posdoctorada en Ciencias Sociales (UBA). Docente en UBA, UNLAM, Universidad del Museo Social Argentino. Docente investigadora en FSOC UBA. Miembro de un equipo de investigación del CEIL-CONICET. Coordinadora académica de la Diplomatura en Diversidad Religiosa, Espacio Público e Interculturalidad de la UBA. Rectora del Seminario Internacional Teológico Bautista en Buenos Aires, Argentina.